

Lenguaje y educación

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

Rector

Mario E. Lozano

Vicerrector

Alejandro Villar

Lenguaje y educación

Virginia Unamuno



Bernal, 2016

Colección Cuadernos universitarios
Dirigida por Jorge Flores

Unamuno, Virginia
Lenguaje y educación / Virginia Unamuno. - 1a ed. -
Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2016.
168 p.; 20 x 15 cm. - (Cuadernos universitarios)

ISBN 978-987-558-386-3

1. Lenguaje. 2. Educación. 3. Lingüística. I. Título.
CDD 407

© Virginia Unamuno, 2016
© Universidad Nacional de Quilmes, 2016

Universidad Nacional de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352
(B1876BXD) Bernal, Provincia de Buenos Aires
República Argentina

editorial.unq.edu.ar
editorial@unq.edu.ar

ISBN 978-987-558-386-3

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina

ÍNDICE

Capítulo I. ¿Qué son las lenguas?

Introducción	9
Lenguas y fronteras	11
Sobre dialectos, registros y otras formas de nombrar el uso del lenguaje	16
Primeras, segundas, terceras... lenguas	23
Del bilingüismo y otros ismos.....	27

Capítulo II. Sobre cómo nos volvemos hablantes, *por* Alejandro Raiter

Adquisición del lenguaje y de las lenguas	31
¿Adquisición o aprendizaje?	32
Enfoque innatista (Noam Chomsky y Jerry Fodor)	34
Enfoque psicogenético (Jean Piaget)	43
Enfoque sociocognitivo (Lev Vygotski y Alexander Luria)	59
Un ejemplo particular: la adquisición del léxico	76
Un intento de integración: enfoque pragmático	84
Reflexiones finales	85

Capítulo III. Usar las lenguas

La oralidad y la escritura	87
Los usos orales: materialidad y contextos.	92
Los usos escritos: materialidad y contextos	101
Aprender a escribir y a leer	115

Capítulo IV. Las lenguas en la educación

Las lenguas y la definición de contextos de enseñanza y aprendizaje	125
Hablar para enseñar y aprender	128

Las lenguas como objeto de la educación	138
Las lenguas como objeto de políticas educativas	143
Lenguas, educación y diversidad	149
Referencias bibliográficas y bibliografía	159

CAPÍTULO I ¿QUÉ SON LAS LENGUAS?

Introducción

La historia del lenguaje es larga y no hay pruebas contundentes que sostengan un punto inicial. Lo que sí sabemos es que este inicio está relacionado con la organización social, con la necesidad de compartir y de distribuir roles en la vida comunitaria. El lenguaje tiene su origen, pues, en el momento en que nos necesitamos unos a otros, y ha servido a la construcción de las relaciones sociales y a la supervivencia de la especie.

El cambio desde los primeros primates a los homínidos y de estos a los *homo loquens* (hombres que hablan) ha sido paulatino y se sitúa en períodos muy extensos de tiempo. No obstante, existiría un acuerdo general entre los investigadores sobre el origen del lenguaje, que lo sitúa entre los 100.000 y los 30.000 años a. C. La enorme extensión de este período es llamativa, pero se justifica por el hecho de no contar con pruebas contundentes que puedan precisar dicho origen (Crystal, 1994; Bernárdez, 1999).

Aun así, cabe decir que lo que sí demuestra la investigación sobre el origen del lenguaje es que este está relacionado con cambios en la vida social de la especie humana (vinculada en muchos estudios a otros cambios, por ejemplo, al control del fuego). Estos cambios también comportaron transformaciones en la alimentación y, consecuentemente, en la anatomía.

Se trataría de un proceso gradual, en el cual las competencias relativas al lenguaje fueron articulándose con el desarrollo de otras competencias, al mismo tiempo que el cuerpo fue adaptándose a tales cambios. La postura erecta, el aumento de la masa cerebral y, especí-

ficamente, el cambio en la configuración del tracto vocal (la transformación de la laringe, que cambia al variar la posición de la cabeza; la flexibilización de la cavidad faríngea y la aparición de las cuerdas vocales) son algunos de los elementos que explican la aparición del lenguaje tal y como lo conocemos ahora.

Esto no quiere decir que antes no nos comunicáramos. Más bien significa que hubo un momento en que partes del cuerpo se fueron especializando para comunicarse de forma más eficaz. Gestos, gritos, dibujos, etc., pudieron haber sido formas de comunicación previas al lenguaje oral. Pudieron haber sido empleados para coordinar actividades y transmitir de unos a otros el uso de herramientas. Crystal explica algo interesante para nosotros, personas incumbidas en las relaciones entre lenguaje y educación. Dice: “El lenguaje permite aprender el uso de herramientas y transmitir destrezas de un modo muy eficiente. Se ha propuesto que el aprendizaje de la utilización de herramientas y el del lenguaje son destrezas interrelacionadas” (Crystal, 1994, p. 290).

En suma, si bien no se sabe cuándo empezamos a usar el lenguaje como especie, podemos suponer que su empleo está relacionado desde siempre con el hecho de transmitir a otros, conocimientos, experiencias, habilidades y prácticas; es decir, con la socialización de las personas. En función de los cambios en la organización de los grupos, el lenguaje fue desarrollando su capacidad de representación simbólica y a medida que se hizo necesario pasó de funciones meramente pragmáticas –las cuales requerían un amplio conocimiento compartido entre los interlocutores (que tenían en común información sobre lo que se decía y se hacía)– a funciones más simbólicas, en las cuales ya no se requería, para poder hablar, compartir el contexto ni la actividad: se podía narrar cosas del pasado, relatar experiencias vividas por algunos –pero no por todos– los miembros de un grupo, explicar el uso de herramientas o dar instrucciones para hacerlas sin forjarlas en ese mismo momento. Con este cambio de las funciones del lenguaje, también fue cambiando el lenguaje en sí mismo.

Lenguas y fronteras

La lectura del apartado anterior deja suponer que las investigaciones sobre el lenguaje implican diferentes disciplinas. La arqueología, la neurología, la psicología, la filosofía, la antropología, la medicina, etc., han contribuido con sus investigaciones a saber más sobre qué son las lenguas y cuáles son las condiciones para su aprendizaje y desarrollo. El interés por el lenguaje está documentado desde hace más de dos mil años, empero, la disciplina que toma específicamente como objeto el estudio sistemático del lenguaje, la lingüística, es relativamente nueva.

La preocupación por el lenguaje registrada, por ejemplo, entre los griegos, los romanos o los indios se basa, entre otras cosas, en la necesidad de dar cuenta de la diferencia encontrada entre las formas de hablar de los diferentes pueblos y de los cambios que sufrían las lenguas a lo largo del tiempo. El hecho de que las lenguas cambiaran llamaba y llama la atención de los estudiosos del lenguaje, quienes sentían la necesidad de dar cuenta de tales variaciones.

Si, como se dijo, el origen del lenguaje está vinculado con las prácticas sociales y de socialización, y, como se sabe, los grupos de los primeros humanos fueron dispersos, se supone que fueron desarrollándose diferentes formas de hablar desde el comienzo. Esto lleva a una de las características fundamentales del lenguaje: su variación.

Las lenguas cambian a lo largo del tiempo y a lo largo de diferentes territorios. No se trata solamente de territorios geográficos, sino también de otros tipos de espacios, por ejemplo, sociales. La diversidad intrínseca a las lenguas se sitúa normalmente en el uso. El nacimiento de la lingüística como disciplina está relacionado con la intención de explicar de manera “sistemática” el lenguaje. Esta sistematicidad se buscaba en el lenguaje, entendido como algo independiente al uso que las personas hacen de las lenguas. El *lenguaje-en-uso* se consideraba caótico.

Las categorías “lenguaje” y “lengua” son empleadas de manera diferente en lingüística. Para muchos autores, por ejemplo Bernárdez (1999), la palabra *lenguaje* se emplea tanto para describir lo que es común a todas las lenguas como para nombrar a la capacidad que subyace al uso del lenguaje; la palabra *lengua*, por su parte, se utiliza

para nombrar las formas en que el lenguaje se actualiza, toma forma y se modifica, en cada grupo concreto que lo pone en uso. Para los fines de este libro, no obstante, *lenguaje* se emplea de manera general; y *lengua* para referirse a una parte del mismo, en relación con un determinado grupo. En el próximo capítulo ahondaremos en el concepto de lenguaje desde la perspectiva de la adquisición de lenguas.

La distinción clásica entre *lenguaje* y *lengua* tiene consecuencias también en la manera en que se organizan los estudios lingüísticos: por un lado, están quienes se ocupan de lo que es común a todas las lenguas y se preocupan por formular teorías o modelos explicativos generales, que den cuenta del lenguaje en un sentido genérico, como algo común a la especie humana; por otro lado, están quienes se ocupan del lenguaje en cada grupo y por la forma en que este lo emplea; es decir, por la forma en que las lenguas son utilizadas, en diferentes momentos, en situaciones diversas, con disímiles finalidades, etcétera. Para hacer referencia a este último aspecto del lenguaje, aquí emplearemos el concepto de *lenguaje-en-uso*. Así, nos diferenciamos de quienes estudian las lenguas de forma aislada de las prácticas sociales.

En esta preocupación teórica por el *lenguaje-en-uso* se basa el presente libro. Esta decisión parte de un supuesto inicial: que en el campo de la educación, los aportes de las disciplinas lingüísticas que se centran en el estudio del uso lingüístico pueden ser más relevantes para explicar las relaciones complejas entre el lenguaje y los procesos educativos. Pero de esto hablaremos más adelante.

Ahora quizá sirva pensar las lenguas en su variación en diferentes niveles. En un primer nivel, tomando el mundo como territorio global, tal vez sirva pensar en lo que distingue una lengua de otra. Si bien no se sabe cuántas lenguas se hablan en el mundo, es común escuchar y leer que son aproximadamente unas 6.000. ¿En qué radica la dificultad de establecer una cantidad exacta de lenguas humanas? En que la distinción entre lenguas muchas veces es algo complejo, sobre lo cual los lingüistas tienen poco que decir.

No se sabe cuántas lenguas se hablan en el mundo. Esto no solo se debe a la dificultad empírica de conocer del número de lenguas, sino en la dificultad de establecer límites entre ellas. Carme Junyent, lingüista dedicada a la tipología de lenguas y militante de la diversidad lingüística, explica que la clasificación de las lenguas del mundo

y, en consecuencia, la contabilidad del número de lenguas que se hablan actualmente, es una tarea compleja porque está mediada por la definición de lengua que los lingüistas —y los hablantes— utilizan (Junyent, 1999, p. 9).

La concepción de *qué* es una lengua ha variado a lo largo del tiempo, y está condicionada por circunstancias sociales, económicas, ideológicas, etcétera. En general, las lenguas se presentan en continuos de usos lingüísticos que son difíciles de fragmentar; es decir, si se toma en cuenta la manera en que la gente habla, muchas veces es difícil decidir si se trata de una lengua u otra. Se han empleado diversos criterios en esta delimitación a lo largo de la historia. Junyent (1989) sostiene que la mayoría de estos criterios son cuestionables porque se basan en prejuicios lingüísticos sobre qué es una lengua y qué no lo es. Un ejemplo de estos criterios que puede ser representativo de otros, es el número de hablantes:

Es todavía muy frecuente la idea de que una lengua con pocos hablantes es un “dialecto”. Naturalmente el número de hablantes, como criterio externo a la lengua, no puede ser de ninguna manera un fundamento para diferenciar una *lengua* de un *dialecto*. Además es necesario tener presente que lo normal son lenguas con pocos hablantes. Solo unas ochenta lenguas de las que se hablan actualmente tienen más de diez millones de hablantes y alrededor de doscientas cincuenta cuentan con más de un millón de hablantes. Por el contrario, se calcula que el 80% de las lenguas del mundo son habladas por menos de cien mil personas (Junyent, 1999, p. 10).

La delimitación entre lenguas es más fácil cuando se trata de situaciones particulares, como son las migraciones de pueblos de un lugar a otro o la localización de pueblos diferentes en un área compartida. Bernárdez (1999) agrega otro elemento interesante: la dificultad de saber cuántas lenguas se hablan en el mundo radica en la complejidad intrínseca a todas las lenguas por igual.

Las lenguas que podemos observar varían enormemente. El español y el chino son muy distintos uno de otro; el español y el inglés también, pero bastante menos; el español y el italiano, el español y el gallego, el